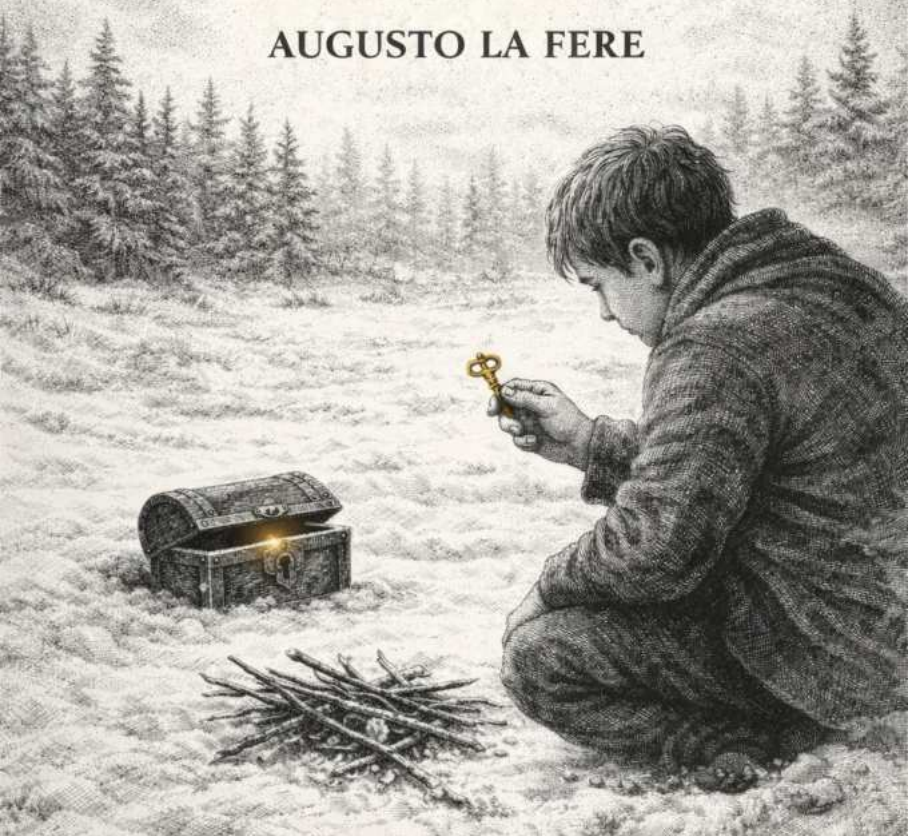


LA LLAVE Y EL COFRE

AUGUSTO LA FERE



ARS VERBI

LA LLAVE Y EL COFRE

AUGUSTO LA FERRE

LA LLAVE Y EL COFRE

Edición Digital

LAPA
ARS VERBI
2026

Créditos

La Llave y el Cofre

© 2026 Augusto La Fere

Publicado por *Ars Verbi™*

Lapa, Paraná, Brasil

Edición Digital

ISBN: 978-65-988752-8-2

Adaptación libre de “*La llave de oro*”, cuento tradicional recogido por los Hermanos Grimm.

Esta obra está bajo la licencia Creative Commons Atribución — No Comercial — CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0). Podés compartir y adaptar esta obra, siempre que:

- Atribuyas el crédito al autor;
- No la uses con fines comerciales;
- Publiques obras derivadas bajo la misma licencia.

Para más detalles, visitá:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

<https://arsverbi.com.br>

Dedicatoria

A quienes aprendieron tarde
que no todo brillo abriga.

“Entonces giró la llave, y ahora debemos esperar hasta que levante la tapa para saber qué cosas maravillosas había en el cofre.”

— Hermanos Grimm, *La llave de oro*

Sumario

Capítulo I.....	1
Capítulo II.....	9
Capítulo III.....	21
Capítulo IV.....	31
Capítulo V.....	40
Capítulo VI.....	51
Capítulo VII.....	62
Capítulo VIII.....	74
Capítulo IX.....	87



Capítulo I

Durante la noche, la nieve fue cayendo con una paciencia antigua. Cayó sobre la tierra dura, sobre los cercos bajos, sobre la madera dejada junto a las paredes, sobre los surcos cerrados por el invierno, sobre las piedras medio hundidas, sobre el pasto rendido, sobre lo que había quedado afuera antes de que la estación apretara del todo. Al amanecer, el campo yacía debajo de una misma extensión blanca. Todo estaba cubierto. Todo había entrado en una claridad espesa que no alumbraba: retenía.

La nieve se había tendido sobre las cosas con el peso callado de lo que llega para quedarse un tiempo. Allí donde había borde, lo volvía más blando a la vista. Allí donde había hendidura, la llenaba. Allí donde una forma subía del suelo, la recogía bajo una tersura fría. El mundo

amanecía más parejo, más quieto, más junto a sí mismo. Bajo esa capa reciente, cada cosa guardaba su cuerpo. La piedra seguía siendo piedra. La raíz seguía apretada en su oscuridad. La madera seguía cargando su veta y su astilla. La tierra seguía dura debajo del blanco.

El frío estaba ya en todo. Había entrado en la noche antes que la nieve terminara de caer, y seguía allí, afirmado en la superficie del agua, en la corteza de los árboles, en los clavos de las puertas, en la boca de los pozos, en las tablas de los galpones, en los hierros callados, en los charcos dormidos bajo un vidrio turbio. Había pasado por el aire hasta volverlo fino y cortante. Había pasado por el suelo hasta darle una firmeza de metal enterrado. Había pasado por las cosas pequeñas y por las grandes con la misma severidad pareja. El invierno trabaja así: sin prisa, sin ruido, sin apartar la mano.

A lo lejos, la extensión perdía fondo. El blanco tomaba la distancia y la volvía una materia inmóvil. Los árboles aparecían más escasos. Los cercos se iban hundiendo en esa palidez apretada. El cielo, desde temprano, había abierto una luz cansada, una claridad de paño

húmedo que caía sobre el campo y lo dejaba quieto bajo su peso. No era una mañana hecha para el resplandor. Era una mañana hecha para durar en las cosas, para asentarse en ellas, para dejarlas más frías de lo que ya estaban.

Debajo de la nieve, la tierra guardaba lo suyo. Guardaba la semilla detenida, la piedra ciega, el barro antiguo vuelto dureza, el hierro perdido tiempo atrás, el paso cubierto, la rueda hundida, la rama caída en otoño, el hueso pequeño dejado por algún animal en el borde del campo. La nieve caía de arriba y, al tocar el suelo, aprendía enseguida a conservar. Ponía una tapa blanca sobre lo disperso. Juntaba en una misma quietud lo cercano y lo lejano, lo grande y lo mínimo, lo que había sido visto el día anterior y lo que amanecía ahora bajo la capa nueva. El invierno no suelta rápido aquello que toca.

Había poco sonido. En la madera de alguna casa, un crujido breve. En un árbol seco, una leve tirantez de rama helada. En la canaleta endurecida, una gota detenida que el frío había dejado suspendida en su caída. El campo entero parecía respirar por dureza. El silencio no bajaba como manta blanda. Estaba tendido con firmeza

sobre el blanco, como si también él se hubiera helado durante la noche y al alba quedara ahí, extendido, sujetando la extensión.

El aire entraba en la boca con un gusto de hierro y agua quieta. Tocaba primero los labios, después la lengua, después el pecho. Dejaba en la respiración una delgadez áspera, una claridad que cortaba. Cada cosa recibía ese aire y lo guardaba a su manera. Los techos lo volvían escarcha. Los troncos lo volvían rigidez. Los charcos lo volvían costra. La ropa colgada la tarde anterior lo había bebido durante la noche. La madera apilada contra el muro lo había retenido entre sus fibras. Hasta el hollín dormido en alguna chimenea parecía tenerlo dentro.

Sobre los árboles desnudos, la helada había dejado una costura blanca. En los alambres, una línea tersa. En los bordes de los barriles vacíos, una dureza transparente. En las piedras, una harina tenue. El frío se repartía sin elegir. Tocaba la casa y el campo, el hierro y la lana, el agua escondida y la corteza expuesta, la tabla gruesa y la astilla. Allí donde llegaba, dejaba una forma más cerrada, una resistencia

más seca, una demora en el movimiento. Las cosas seguían ahí, pero más firmes dentro de su propio límite.

El campo estaba cubierto, y sin embargo el blanco no traía olvido. Traía encubrimiento. Lo que quedaba debajo seguía entero en su sitio, esperando la mano, el deshielo, el paso, el golpe de herramienta, la estación siguiente. Bajo la nieve, el mundo retenía su orden. Bajo la nieve, la dureza seguía. Bajo la nieve, lo pequeño esperaba tanto como lo grande. A veces la tierra parece vacía cuando se la mira desde arriba. Pero mucho permanece tapado.

La mañana avanzaba despacio sobre esa misma quietud. La luz apenas ganaba espesor. En los bordes del campo, donde el blanco se juntaba con la sombra de algún muro o de algún árbol, el frío parecía más hondo. Había en esas orillas una dureza antigua, una insistencia de la helada, una especie de recogimiento mineral. El día había empezado, pero el calor seguía lejos. Todavía no había mano tibia sobre los objetos, ni aliento capaz de aflojar las junturas, ni sol bastante para volver agua la superficie del blanco. Todo permanecía en su ley primera.

Entonces la puerta se abrió y el muchachito salió con el trineo y el hacha.

La casa quedó detrás de él con su madera cerrada, con su resguardo adentro, con su poco calor recogido en las piezas y en los rincones. Afuera, el campo lo tomó enseguida en su claridad fría. El vapor de su aliento subió delante de la cara y se deshizo al instante. Llevaba la ropa apretada al cuerpo, las manos todavía obedientes, el gorro bajo sobre la frente, los pasos breves de quien ya conoce la estación y entra en ella sin demora. Detrás, el trineo avanzó con un crujido seco sobre la nieve endurecida. En una mano, la cuerda tensa. En la otra, el hacha.

Iba por leña.

Esa necesidad caminaba con él. Todavía no era fuego. Todavía no era llama, ni brasa, ni calor reunido en un centro. Era sólo la demanda severa del día, la exigencia muda de la casa, el trabajo futuro contenido en unas pocas ramas secas aún dispersas en alguna parte del campo. El muchachito avanzó llevando consigo esa

urgencia simple. Su figura pequeña cruzaba el blanco sin quebrarlo del todo. El campo lo recibía y volvía a cerrarse detrás de sus pasos.

La nieve le tomó los zapatos con una fuerza blanda. Cada huella quedaba un momento, oscura en el fondo, nítida en el borde, y luego empezaba a recoger también su silencio. El trineo dejó detrás una señal baja, un surco breve que el blanco parecía dispuesto a guardar. El muchachito siguió. El hacha colgaba en su mano con un peso cierto, frío hasta el cabo. La mañana entraba por la lana, por los puños, por la tela apretada de la ropa. El aire subía y bajaba en su pecho con ese dolor fino de los días helados.

A cada lado, la extensión se mantenía cerrada en poca distancia. Los cercos aparecían y se hundían. Los árboles alzaban sus ramas secas con una quietud de hierro. Los techos bajos conservaban encima la capa reciente. Más allá, donde el campo se abría apenas, la nieve unía lo cercano y lo remoto en una sola palidez inmóvil. El muchachito avanzó dentro de esa reducción del mundo. Su cuerpo pequeño, el trineo, el

hacha, la cuerda, la respiración. Eso bastaba para que el día quedara dicho.

Había algo severo en esa marcha primera. No una prisa. No un apuro visible. Más bien una obediencia al invierno, una aceptación del campo tal como amanecía, una entrada en la mañana bajo la ley que ya estaba puesta sobre las cosas. El muchachito no llevaba consigo abundancia. Llevaba lo justo. Un cuerpo pequeño, un hacha, un trineo, una necesidad.

Bajo el blanco, la tierra guardaba lo suyo. Sobre el blanco, el frío seguía afirmando su mano. Entre una cosa y otra, el muchachito avanzaba.

Detrás de él, la huella y el surco. Delante, la leña todavía dispersa. Más allá, la casa cerrada con su poco calor adentro.

Capítulo II

El muchachito siguió entrando en el campo con el trineo detrás. La nieve, que al comienzo tomaba apenas la suela, empezó a ceder más hondo en algunos trechos. El blanco seguía parejo a la vista, pero abajo guardaba desniveles, durezas, pozos tapados, raíces dormidas, piedras que el pie encontraba tarde. Cada paso pedía una atención muda del cuerpo. La mañana no había cambiado. El frío seguía entero en el aire, en la tela apretada de la ropa, en el cabo del hacha, en la cuerda tensa que le pasaba por la mano.

Iba hacia la parte donde solían quedar las ramas rendidas, los gajos secos, la madera caída antes de las heladas más duras. No había allí abundancia. Nunca la había. El invierno deja poco a la vista y vuelve más pesado lo poco. El

muchachito lo sabía con ese saber corto de los días repetidos. Llegó hasta el primer borde de árboles, dejó un momento quieto el trineo, miró alrededor y empezó.

Se inclinó una vez y alzó una rama delgada, casi limpia de corteza. La nieve la había guardado a medias. La sacudió con un golpe breve, dejó caer el blanco pegado a la madera y la puso sobre el trineo. Se inclinó otra vez. Después otra. El cuerpo fue entrando en la tarea por repetición. Bajarse, tomar, pesar en la mano, limpiar un poco la rama, llevarla al trineo, volver unos pasos, mirar de nuevo el suelo, distinguir bajo el blanco alguna línea oscura, otra curva de gajo, otra punta apenas salida de la nieve. El trabajo no traía novedad. Traía insistencia.

Las ramas secas tenían un sonido pobre cuando se tocaban entre sí. Un rumor leve de cosa vaciada por el tiempo. Algunas cedían enseguida al tacto y parecían demasiado flacas para durar en el fuego. Otras guardaban todavía una dureza fibrosa, una promesa más lenta de llama. El muchachito las reconocía sin pensar mucho. La mano aprendía antes que la boca. El

ojo iba detrás. El invierno no deja tiempo para duda larga cuando se trata de leña.

Se movía en un espacio corto, pero ese espacio se iba volviendo ancho por esfuerzo. Allí donde el campo parecía igual, la tarea abría diferencias. Había un lugar donde la nieve se soltaba con facilidad y dejaba ver ramas más secas. Había otro donde todo salía húmedo, pesado, todavía demasiado cerca del barro dormido bajo el blanco. Había un borde donde el viento había amontonado gajos finos contra un cerco medio enterrado. Había un claro pequeño donde el suelo guardaba menos nieve y mostraba la aspereza de hojas viejas, hielo roto, astillas. El muchachito iba de un punto a otro tirando de su poco cuerpo como de una herramienta más.

A cada nueva rama, el trineo ganaba apenas un poco de peso. No parecía mucho al principio. Un puñado de leña, luego otro, luego dos trozos algo más gruesos, luego ramas cruzadas de cualquier modo, luego un pequeño montón pardo sobre la madera baja del trineo. Pero el cuerpo siente antes que la vista. Cuando volvió a tirar de la cuerda, el muchachito notó el

cambio en seguida. El trineo respondió con una resistencia más grave. La nieve, debajo, retuvo más tiempo el deslizamiento. La cuerda se clavó de otro modo en la mano.

Siguió.

Su respiración ya no subía tan ligera delante de la cara. Salía más corta, más blanca, más trabajada. En los dedos, el frío había empezado a cerrar las junturas. No era todavía dolor fuerte. Era una rigidez fina, una torpeza pequeña que obligaba a apretar más las cosas para sentirlas. El cabo del hacha conservaba una dureza seca, y el roce de la madera sobre la palma dejaba una aspereza fría, como si cada fibra trajera consigo un poco del invierno que la había tocado.

Se inclinaba y se enderezaba con la obediencia de quien todavía no mide el cansancio, pero ya lo lleva entrando en los músculos. La espalda recibía el gesto una y otra vez. Las rodillas bajaban hacia la nieve y subían de ella con una lentitud cada vez menos limpia. El cuello sentía el aire colarse por el borde de la ropa. En las orejas, la helada seguía clavando su

ardor fino. El muchachito no pensaba en eso. Seguía juntando. El cuerpo, cuando trabaja así, calla primero.

A veces una rama larga salía trabada por debajo de otras. Entonces había que tirar con más cuidado, con una paciencia breve, sin quebrarla del todo. A veces el gajo parecía seco por fuera y guardaba adentro una humedad pesada que lo volvía menos útil. A veces lo mejor estaba medio enterrado y sólo una línea oscura lo denunciaba debajo del blanco. El muchachito aprendía de nuevo cada cosa con la mano y con el peso. En el invierno, escoger también cansa.

Fue llenando el trineo de a poco. Rama con rama, astilla con astilla, trozo con trozo, el montón iba levantándose sin llegar nunca a parecer bastante. Desde arriba, siempre quedaban huecos. Desde el costado, la carga seguía viéndose pobre contra la extensión del campo. El muchachito la miraba y volvía a buscar otra rama.

Hubo alguien, hacía tiempo, que cargaba así lo suficiente y al verlo junto seguía viendo

falta. Ponía una cosa sobre otra, levantaba el haz, lo tanteaba con la mano y volvía al monte por una más, siempre una más, porque el hueco que quedaba entre dos ramas le parecía todavía demasiado grande, porque el peso alcanzado no le decía plenitud sino margen, porque hay días en que la necesidad se agranda a la par de lo reunido y el cuerpo obedece aunque ya lleve bastante. Algo de eso pasaba, apenas, por la forma en que el muchachito volvía a mirar el trineo.

El campo seguía alrededor con su palidez apretada. Los árboles dejaban caer de vez en cuando una poca nieve cansada desde alguna rama alta. El sonido era mínimo. Un pequeño desmoronarse blanco. Después, otra vez la quietud. Bajo esa quietud, el trabajo del muchachito iba dejando señales: un trecho removido aquí, una rama arrancada de la nieve allá, un espacio más oscuro donde el pie había hundido el blanco hasta la tierra dura, el rastro bajo del trineo, la respiración más espesa subiendo y deshaciéndose cerca de la boca.

Volvió a tirar de la cuerda para cambiar de lugar. El trineo salió al principio con un tirón

seco y después empezó a seguirlo con una pesadez pareja. La carga todavía no era grande, pero ya pedía más del cuerpo. El hombro sentía la tensión de la cuerda. El brazo llevaba ese llamado fijo hacia atrás. Los pasos tuvieron que afirmarse mejor sobre la nieve. El muchachito avanzó algunos metros, encontró otro borde de ramas secas, dejó el trineo, se inclinó otra vez. Así el trabajo se partía en dos obediencias: juntar y arrastrar.

La mañana seguía metiéndose en él por todos los puntos menores. Por la costura del guante gastado. Por el borde de la manga. Por la tela húmeda donde la nieve se había pegado un instante. Por el pecho, cuando el aire bajaba demasiado rápido. Por la cara, donde el frío dejaba la piel tirante, casi ajena. El muchachito no se detenía a reconocer cada entrada. Pero el cuerpo las iba sumando. También el invierno trabaja por acumulación.

Las ramas más gruesas exigían otra postura. Había que levantarlas con las dos manos, acomodarlas sobre el montón ya inestable, buscar que quedaran trabadas sin rodar enseguida hacia un costado. A veces una

punta resbalaba y volvía a caer. Había que alzarla otra vez. A veces el pie se hundía mal y el cuerpo se inclinaba de más bajo el peso. La nieve, debajo, ayudaba y estorbaba al mismo tiempo. Amortiguaba la caída de algunas cosas, pero también retenía los movimientos, chupaba la suela, quitaba limpieza al impulso. El muchachito seguía con ese cuidado corto que tienen los cuerpos cuando no pueden darse el lujo de desperdiciar fuerza.

Ya había suficiente para empezar a pensar en la vuelta, y sin embargo seguía poco. El trineo mostraba una carga cierta, pero la casa estaba todavía lejos de ese montón. Entre la leña reunida y el calor futuro seguía extendiéndose el campo, con su blanco, su dureza, su distancia corta y pesada. Nada ardía todavía. Nada calentaba. Todo lo juntado seguía siendo promesa fría.

El muchachito se enderezó un momento y miró alrededor. No levantó la vista para contemplar. La alzó apenas como quien calcula. Quedaban aquí y allá algunas ramas mejores. Un trozo más recto cerca del cerco. Dos gajos secos junto a una piedra cubierta a medias. Más

adentro, donde los árboles se apretaban un poco, una sombra baja podía guardar todavía madera caída. Tiró del trineo hacia ese lado.

El frío, a esa altura, ya no estaba sólo en las cosas. Había entrado también en el ritmo del cuerpo. Le acortaba el movimiento. Le endurecía la vuelta de las manos. Le volvía más lentos los dedos al cerrar y abrirse. El pie necesitaba afirmarse antes de cada paso con una cautela que al principio no hacía falta. La espalda, al enderezarse, tardaba un poco más en encontrar su vertical. El muchachito seguía. Pero seguir empezaba a costar un poco más que antes.

Bajo los árboles, la nieve era menos pareja. Había pozos de blanco más hondo, huecos donde la rama caída quedaba mejor guardada, zonas de sombra en que la helada parecía más vieja. El muchachito apartó con el pie una capa suelta y encontró debajo un gajo bueno, seco hasta el centro. Lo alzó. Pesaba más de lo que parecía. Lo llevó al trineo. Volvió a entrar. Sacó otro, luego otro más corto, luego un trozo torcido que sólo serviría para empezar fuego rápido. Cada hallazgo pedía un poco más

de brazo, un poco más de cintura, un poco más de respiración.

El montón sobre el trineo ya había perdido forma limpia. Sobresalían ramas hacia los costados. Algunas puntas quedaban mal apoyadas y amenazaban caer si el arrastre se volvía brusco. El muchachito tuvo que acomodarlas. Pasó una por debajo de otra, giró un trozo, hundió una punta entre dos ramas cruzadas para darle más firmeza a la carga. No era todavía una atadura. Era apenas una manera de impedir que el trabajo se desparramara sobre la nieve antes de tiempo. También eso gastaba.

Había en la tarea una monotonía severa que iba ocupando la mañana. Inclinar, alzar, llevar, ordenar un poco, volver. Tirar del trineo unos pasos. Detenerse. Mirar el suelo. Reconocer bajo el blanco una línea posible. Inclinar de nuevo. Nada cambiaba y, sin embargo, el cuerpo cambiaba dentro de esa repetición. El cansancio no llegaba de golpe. Se iba asentando como la nieve. Primero en los dedos. Después en la espalda. Después en la respiración. Después en ese pequeño retraso

entre lo que se quiere hacer y lo que el cuerpo tarda en obedecer.

La carga por fin tuvo una gravedad suficiente para hablarle a la mano desde la cuerda. El muchachito tiró y sintió cómo el trineo pedía de él algo más entero. Ya no bastaba el gesto corto del principio. Había que poner el cuerpo hacia adelante, inclinar un poco el pecho, afirmar mejor la planta del pie, dejar que el hombro recibiera parte del arrastre. El trineo avanzó. Detrás, la leña crujió en su acomodo inestable. El sonido fue seco, breve, casi pobre. Pero allí estaba ya el peso del día.

El muchachito se detuvo otra vez.

No mucho tiempo. Lo justo para tomar aire, para abrir y cerrar una vez la mano sobre la cuerda, para sentir el frío pegado al cabo del hacha, para mirar todavía un poco más adentro del campo, donde acaso quedaban dos o tres ramas que valiera la pena sacar de la nieve antes de pensar en otra cosa. La mañana seguía blanca, entera, apretada sobre la tierra. El frío seguía en todo. El trabajo también.

Entonces volvió a avanzar, tirando del trineo más hondo hacia el invierno.

Capítulo III

El trineo ya tenía un peso cierto y el muchachito lo sentía en la cuerda, en el hombro, en el paso que buscaba afirmarse antes de seguir. La mañana había seguido metiéndose en él con esa paciencia del invierno que no necesita brusquedad para ganar terreno. En los dedos, la rigidez era más clara. En la respiración, el aire dejaba una aspereza más honda. La espalda llevaba el trabajo de la leña y también el frío, que entraba sin alboroto, apretando primero lo pequeño, después lo demás.

Se detuvo junto a un trecho donde la nieve parecía más baja y el suelo guardaba, debajo, una firmeza pareja. Alrededor, el campo seguía cubierto por la misma claridad retenida. Los árboles se alzaban secos, con la helada cosida en las ramas. El trineo descansó detrás de

él, y el montón de leña quedó ahí, pobre y necesario, todavía lejos de volverse llama. El muchachito respiró una vez, después otra. El aire bajó al pecho con ese filo blanco de la mañana avanzada. En la boca, un gusto de hierro. En las orejas, el ardor fino seguía prendido como una astilla de hielo.

Miró la carga y después el campo. La casa esperaba en la distancia, con sus paredes cerradas y su poco calor recogido adentro. Entre la casa y él, el blanco. Entre la leña y el fuego, todavía el frío, el trecho, la demora. El cuerpo lo sabía antes que cualquier cuenta. Había una necesidad más cercana que el regreso. El pecho pedía abrigo por dentro. Las manos pedían soltarse un poco de su torpeza. El frío había trabajado bastante en él para que la simple idea de seguir tirando del trineo hasta la casa se volviera pesada como otra carga más.

Entonces pensó en calentarse primero.

No pensó en gran cosa. No levantó delante de sí ninguna visión larga. Pensó apenas en un fuego pequeño, hecho allí mismo con parte de la leña seca, un centro breve de calor

donde las manos pudieran volver a abrirse mejor, donde la respiración dejara de doler un poco al bajar, donde el cuerpo recobrara algo de su obediencia antes de emprender la vuelta. El pensamiento tuvo la medida de la necesidad. Ninguna abundancia entró en él. Sólo un poco de brasa futura contra tanta helada.

Miró alrededor buscando el lugar.

Hacía falta un suelo que aceptara el fuego, un pedazo de tierra menos suelto, una superficie donde la nieve pudiera ser apartada hasta dejar abajo algo firme, algo capaz de recibir una llama sin hundirse enseguida en agua o barro. El muchachito conocía bastante el invierno para eso. Sabía que el fuego también exige su pequeño orden. No basta la leña. Hace falta dónde ponerla. Hace falta librarla del blanco. Hace falta darle un centro. Se volvió un poco, tanteando con la vista esa pobreza del campo, hasta dar con un espacio bajo, recogido entre dos raíces viejas y un costado de tierra más apretada.

Llevó el trineo hasta allí con un tirón más corto que de costumbre. La carga respondió

detrás con su peso seco. El montón de ramas crujió apenas al acomodarse. El muchachito soltó la cuerda y quedó un instante quieto. El aire seguía entrando áspero. La ropa guardaba en sus fibras una humedad fría donde la nieve se había pegado antes. El hacha colgaba en su mano con esa dureza de herramienta que también había bebido invierno durante toda la mañana.

Bastaba poco, pero ese poco tenía que nacer a tiempo. Un centro breve de brasa. Una reunión pobre de astillas. Un resguardo bajo donde la llama, al alzarse, no se deshiciera enseguida en humo inútil. En mañanas así, el calor no se imagina grande. Se imagina junto. Se imagina cerca de la mano, recogido entre dos o tres ramas finas, respirando despacio al abrigo de un borde de nieve. Una brasa pequeña puede más que un fuego todavía lejano. Un hilo de tibieza ganado a ras de suelo puede más que toda la promesa dispersa del monte.

Algo de esa medida trabajaba ya en el cuerpo del muchachito sin volverse pensamiento largo, sin tomar forma de enseñanza, apenas como una verdad apretada en el pecho y en los

dedos. No hacía falta abundancia. Hacía falta un fuego chico, reunido a tiempo, antes de la vuelta. Una llama breve donde las manos pudieran aflojar su torpeza, donde el aire dejara de doler tanto al bajar, donde el cuerpo, aún pobre de calor, recobrara bastante obediencia para llevar la leña hasta la casa.

Se agachó.

Con la hoja del hacha empezó a apartar la nieve del lugar elegido. El blanco cedía en capas suaves al principio, después en una materia más compacta, más pegada al suelo por la helada. Debajo apareció una tierra dura, oscura, apretada por el frío. El muchachito siguió limpiando el pequeño círculo con movimientos breves, regulares, procurando no gastar más fuerza de la necesaria. La nieve iba quedando al borde como una pared baja, una media luna blanca alrededor del centro oscuro que iba naciendo. En ese gesto había ya una especie de amparo: abrir un sitio, ganar un poco de suelo al invierno, sacar a la vista algo firme donde la llama pudiera sostenerse.

Volvió al trineo y escogió ramas delgadas. Astillas. Unos trozos más secos que otros. La mano buscaba sin ceremonia lo que sabía útil para empezar. Madera fina primero, algo que prendiera rápido. Después lo otro. El muchachito acomodó esos pedazos sobre la tierra limpia con una concentración corta, precisa, casi silenciosa. Dos ramas cruzadas, una por debajo, otra encima, una abertura mínima por donde el aire pudiera entrar, un pequeño hueco en el centro para recoger la primera brasa. Lo hacía con la gravedad de quien no arma una cosa grande, sino una necesidad.

El frío seguía en sus dedos mientras trabajaba. A cada rama tocada, a cada astilla vuelta entre la mano y el pulgar, sentía esa torpeza fina que se había instalado durante la mañana. Pero ahora el cuerpo obedecía a otro ritmo. Ya no era el de la recolección dispersa, ni el del arrastre. Era un ritmo más cercano, más concentrado, reunido en torno de un punto pequeño sobre la tierra. Allí todo dependía de poco. Que la ramita quedara bien apoyada. Que la astilla no tapara el aire. Que la leña más gruesa esperara su turno. Que el fuego, al nacer, encontrara lugar.

Se inclinó más cerca del suelo y siguió disponiendo la madera. Su aliento caía sobre el pequeño arreglo de ramas y subía de vuelta en un vapor blanco que se deshacía enseguida. La tierra limpia, rodeada de nieve, parecía aún más oscura bajo aquella claridad pálida de la mañana. El círculo recién abierto tenía algo de herida y de refugio, una cosa mínima arrancada al blanco para que allí empezara otro trabajo, el trabajo inverso, el de la llama creciendo donde el frío había asentado su mano.

La leña escogida era poca. No hacía falta más para el primer calor. El muchachito lo sabía. Tomó otra astilla, la miró un instante, la partió con un gesto corto sobre la rodilla y dejó los trozos en el centro. Después acomodó un par de ramas algo más gruesas a los lados, sin cerrarlas del todo, como si ya reservara un lugar para el aliento del fuego futuro. Nada en ese pequeño orden buscaba grandeza. Todo buscaba duración breve, calor a tiempo, una obediencia recuperada en las manos.

El campo seguía alrededor con su misma palidez inmóvil. Los árboles, los cercos, la nieve

extendida, el cielo cansado. Nada se había movido para ayudarlo. Nada iba a moverse. La necesidad del calor seguía siendo pequeña y entera en medio de esa extensión. Precisamente por eso pesaba tanto. En el invierno, lo necesario se vuelve claro cuando el cuerpo empieza a endurecerse. No hay muchas cosas. Hay pocas. Y una de ellas, a esa hora, era el fuego.

El muchachito metió la mano en el bolsillo de la ropa buscando lo que llevaba para encender. El gesto fue más lento que al salir de casa. Los dedos tardaron un poco en reconocer la forma, en afirmarse sobre ella, en traerla hacia afuera. La mañana ya había puesto bastante frío entre la piel y la obediencia. Por un momento, abrió y cerró la mano para despertarla. Después volvió al pequeño círculo de tierra limpia.

Quedó un instante agachado frente a la leña acomodada.

Miró el centro oscuro, las ramas finas, la astilla partida, la nieve retirada hacia los bordes, la leña más gruesa esperando. Todo estaba ahí. El lugar, la madera, la necesidad. El calor todavía

no, pero su sitio ya estaba abierto. Había algo justo en esa pobreza reunida, algo exacto en ese pequeño orden ganado al invierno. El muchachito acercó más el cuerpo, como si ya quisiera recibir en la cara una tibieza que aún no había nacido.

Volvió a tocar la madera una vez más, corrigiendo apenas la posición de una astilla. Después alisó con el dorso del guante una parte de la tierra cercana, retiró una poca nieve suelta que había vuelto a caer al borde y dejó el pequeño espacio listo. La llama podía empezar allí. Las manos, al acercarse, podrían aflojar su rigidez. El pecho, con el primer calor, podría soltar un poco esa tirantez de vidrio. La vuelta a casa tendría otro cuerpo después de eso. El muchachito había elegido bien. Primero el fuego. Después el regreso.

El frío seguía sobre el campo. Bajo el frío, la tierra seguía guardando lo suyo. Entre una cosa y otra, el muchachito había abierto un centro.

Todavía no ardía. Pero ya estaba dispuesto para arder.

Se enderezó apenas, sin apartarse del todo del círculo limpio. El trineo quedó detrás con su carga pobre y necesaria. Delante, la tierra oscura esperaba la chispa. En torno, la nieve. Más allá, el campo entero bajo la ley blanca de la mañana. Y allí, en medio de esa extensión, el cuerpo del muchachito, ya tocado por el invierno, había encontrado por fin la medida correcta de su urgencia.

Capítulo IV

El muchachito seguía agachado frente al pequeño círculo de tierra limpia. La nieve apartada quedaba alrededor en un borde bajo, blando a la vista, frío hasta el centro. En medio, la superficie oscura esperaba la llama. Las ramas finas estaban dispuestas. Las astillas también. Todo tenía la medida justa del primer fuego. Faltaba apenas seguir abriendo un poco el lugar, dejarlo más limpio, sacar del centro la nieve más pegada, la costra helada que todavía asomaba en algunos puntos, las pequeñas durezas que podían quitarle asiento a la brasa cuando naciera.

Tomó el hacha.

No la levantó como herramienta de corte, sino como prolongación del brazo para raspar, apartar, despejar. La hoja entró en la

nieve con un sonido sordo y levantó una capa blanca mezclada con granos de hielo y tierra. El muchachito la echó a un lado. Volvió a raspar. Debajo apareció otro color, más oscuro, más firme, una superficie apretada por la helada, trabajada ya por el invierno hasta volverse dura como si también ella hubiera aprendido algo del hierro.

Siguió limpiando con golpes breves. El filo no buscaba abrir profundidad. Buscaba dar suelo. Sacar del centro lo suelto. Quitar al fuego futuro aquello que pudiera ahogarlo al nacer. En cada movimiento, la nieve cedía un poco, la tierra aparecía otro poco, y el pequeño círculo se volvía más nítido en medio del blanco. Había en esa tarea una pobreza exacta, una atención sin rodeos. No estaba haciendo gran cosa. Estaba preparando un lugar. A veces de eso depende el paso entero de una hora.

La hoja del hacha rozó una parte más compacta y devolvió a la mano una resistencia distinta. No era todavía un golpe. Era apenas una dureza otra bajo la costra del suelo, algo que no cedía igual que la tierra ni sonaba igual que el hielo. El muchachito se detuvo un instante. Miró

el punto. Volvió a raspar alrededor con más cuidado, como si quisiera librarlo primero de la nieve pegada antes de decidir si convenía apartarlo o dejarlo donde estaba.

Del otro lado de la mañana seguían la casa cerrada, el humo posible, el calor recogido en la madera y en las piezas. De este lado, el suelo oscuro, la nieve apartada, el pequeño centro todavía dispuesto para la brasa. El punto duro quedaba entre ambas cosas, a ras de tierra, sin brillo todavía, sin figura bastante para torcer la mano. Apenas una resistencia distinta, una tersura mínima bajo barro helado, algo que había entrado en el trabajo sin dejar de ser ajeno a él.

El muchachito siguió limpiando. La hoja bajaba corta, obediente. Sacaba del centro lo suelto. Devolvía al borde la nieve endurecida. Ganaba para el fuego un poco más de firmeza. Si el punto enterrado seguía allí, seguía todavía dentro de ese mismo orden: una pequeñez presa bajo la costra, tocada apenas por el paso de una mano ocupada en otra urgencia. El fuego seguía siendo la medida. La mano seguía atada a esa pobreza recta.

Algo de esa rectitud pobre, de esa obediencia a lo necesario, seguía todavía cerca de sus manos mientras limpiaba el suelo para el fuego.

Apartó otra capa delgada de nieve endurecida. La tierra apareció más desnuda. El borde oscuro del círculo ganó un poco más de extensión. El punto duro siguió allí, callado, bajo una película de barro helado. El muchachito pasó la hoja por un costado, luego por el otro, liberando el terreno inmediato. Nada en él había cambiado todavía de dirección. El fuego seguía siendo el centro. La mano obedecía a esa necesidad, no a otra.

La mañana pesaba sobre el campo con la misma claridad retenida. Los árboles guardaban en las ramas su costura de helada. El trineo esperaba detrás con la carga de leña reunida. Las ramas finas, ya escogidas, seguían dispuestas sobre la tierra limpia, listas para recibir la chispa. En torno, la nieve. Más allá, la casa todavía lejana. Todo seguía ordenado por la urgencia pequeña y justa que lo había hecho detenerse

allí. Calentarse primero. Volver después. No había en eso sobra ninguna.

Raspó de nuevo.

La hoja arrancó una costra delgada y la echó al borde del círculo. Después otra. Debajo, la tierra mostraba vetas oscuras, granos de arena endurecida, pequeñas raíces cortadas al ras, un barro antiguo vuelto firmeza. El muchachito fue alisando el centro con ese cuidado corto que ponen las manos cuando saben que una brasa necesita asiento limpio para prosperar. El movimiento se repetía con regularidad. Entrar. Raspar. Apartar. Mirar. Corregir un poco el borde. Volver a entrar con la hoja.

El frío seguía prendido en sus dedos. Cada vez que cambiaba el hacha de posición, la mano tardaba un poco en encontrar el ajuste bueno sobre el cabo. La rigidez no era todavía fracaso, pero ya intervenía en las cosas. Lo obligaba a ser más preciso. A no gastar gesto donde bastaba uno breve. A trabajar cerca del suelo, como si el cuerpo entero tuviera que reunirse en esa tarea mínima para no dispersar calor en vano.

Volvió a tocar la dureza enterrada.

Esta vez el sonido fue algo más claro. Breve también, pero distinto del ruido opaco de la tierra o del chasquido sordo del hielo partido. Un pequeño aviso seco, casi recogido en sí mismo. El muchachito dejó quieta la hoja sobre el suelo y miró de nuevo. El punto seguía medio cubierto. No brillaba. No decía nada. Estaba allí con la obstinación muda de las cosas que han pasado tiempo bastante bajo el blanco como para parecer parte de la misma tierra.

Raspó alrededor, no sobre el centro. Quería limpiar mejor el lugar. Dejar aparte la nieve suelta, la costra, la grava helada. El círculo oscuro quedó más parejo. En uno de sus bordes, la dureza enterrada mostró una línea mínima, apenas más lisa que la tierra vecina. Podía ser piedra. Podía ser otra cosa. A esa altura no importaba. Importaba el suelo, su firmeza, el orden pequeño de la fogata todavía por nacer.

Se inclinó más.

Con la punta de la hoja apartó un poco de barro duro pegado al borde de la dureza enterrada. El gesto fue lento, contenido, casi de tiento. Salió una película terrosa, luego otra. Debajo, algo conservaba una tersura distinta. No bastante para imponer presencia. Sólo lo suficiente para no confundirse del todo con el suelo. El muchachito miró ese punto, pero enseguida volvió a pasar la hoja por el resto del círculo, nivelando la tierra, quitando una raíz corta, empujando hacia afuera unas migas de hielo que todavía podían humedecer de más la primera brasa.

Trabajó así un rato.

El centro se fue volviendo apto para el fuego. La tierra, más limpia. Los bordes, más claros. La nieve apartada, más alta alrededor. El pequeño espacio oscuro parecía abrirse en medio del blanco como un hueco ganado a la ley del invierno, no para negarla, sino para resistirla un momento. El muchachito conocía esa pobreza de victoria. No era mucho. Bastaba.

Detrás de él, el trineo guardaba la carga con su silencio de madera y ramas. Delante, el

suelo ya casi dispuesto. En su mano, el hacha seguía bajando con gesto breve, limpiando, nivelando, apartando. La mañana permanecía todavía reunida en ese orden.

Pero la tierra, cuando guarda algo, también lo guarda dentro de lo necesario. Lo útil y lo oculto pueden tocarse bajo una misma costra. El muchachito apartó una nueva porción de nieve endurecida y el punto terso apareció un poco más entero, todavía pequeño, todavía preso en la suciedad helada del suelo. Allí estaba. A ras de tierra. Mínimo. Enterrado sin hundirse del todo. Como si hubiera esperado no a una mirada, sino al paso repetido de una mano ocupada en otra urgencia.

El muchachito quedó un instante quieto.

No por fascinación todavía. Más bien por atención. La misma atención con que había elegido las ramas finas, medido el lugar, limpiado el centro, apartado el exceso de nieve. Miró el punto duro, luego las astillas, luego la tierra ya casi lista para recibir fuego. La mañana seguía inmóvil sobre el campo. El frío seguía entrando en sus dedos. El pecho seguía pidiendo calor.

Volvió a bajar la hoja.

Esta vez no para abrir más suelo, sino para librar el pequeño punto de la costra que todavía lo sujetaba. El gesto seguía siendo corto, sobrio, obediente a la mano. La nieve alrededor no cambió. La tierra tampoco. Sólo ese mínimo lugar empezó a desprenderse del barro helado que lo retenía. Aún no había brillo. Aún no había objeto. Sólo una resistencia distinta en medio de la tierra limpiada para el fuego.

El muchachito siguió.

El fuego seguía delante de él como la medida correcta. La tierra seguía abriéndose bajo el hacha. El invierno seguía entero sobre el campo. Y en el centro mismo de ese orden recto, a ras de suelo, algo pequeño empezaba a separarse de la tierra.

Capítulo V

La costra cedió al fin en un borde mínimo.

El muchachito apartó con la punta de la hoja el barro helado que todavía sujetaba aquella dureza distinta. Salió primero una línea tersa, luego una curva pequeña, después un cuerpo breve, casi entero, preso todavía en la tierra por una última capa oscura. El gesto siguió siendo corto, contenido, como si la mano no quisiera arrancar nada, sino librar apenas lo que ya estaba casi afuera. La nieve alrededor seguía igual. Las astillas seguían dispuestas. El círculo limpio seguía esperando la llama. Pero en el centro de ese orden recto, algo pequeño empezaba a desprenderse de la tierra con una forma que la tierra no tenía.

El muchachito dejó el hacha a un lado y se agachó más.

Metió los dedos en el barro duro, tanteó el borde con cuidado, sintió bajo la yema una frialdad más lisa que la del suelo y tiró apenas. La cosa salió de una vez, pequeña y entera, con una resistencia leve, como si el invierno la hubiera retenido por costumbre más que por fuerza. Quedó en su mano, manchada todavía de tierra oscura, con restos de hielo pegados en una de las vueltas, fría hasta el centro, mínima y clara a la vez en su forma.

Era una llave.

Una llave pequeña.

La sostuvo entre el pulgar y el índice sin moverla mucho. El barro helado le apagaba todavía el color, pero aun así había en ella una tersura distinta, una firmeza cerrada, un modo de tocar el frío que no era igual al de la piedra ni al del hierro oscuro de las herramientas. El muchachito la volvió un poco hacia la luz. Bajo la costra de tierra apareció un brillo retenido, no grande, no suelto, apenas una línea amarilla en el

borde de la cabeza y otra en el diente fino. El oro, cuando sale del barro, no hace ruido. Sólo cambia despacio la manera en que la mano lo mira.

La llave era pequeña de veras. Casi poca cosa. Podía perderse otra vez entre dos dedos mal cerrados, entre la nieve pisada, entre las ramas delgadas junto al círculo de tierra limpia. Y, sin embargo, desde el momento en que estuvo entera en la palma, el campo ya no pesó del mismo modo alrededor. La mañana seguía inmóvil. El frío seguía entrando en las manos. El fuego seguía pendiente. Pero allí, sobre la piel rígida del muchachito, había aparecido un metal hecho para otra cosa. No para cortar, no para cavar, no para arrastrar, no para arder. Una cosa pequeña destinada a corresponder.

Le pasó el pulgar por encima.

El barro cedió en una película fina. Debajo, el dorado salió un poco más limpio, todavía opaco por el frío, todavía sin lujo, pero capaz ya de guardar en sí una promesa distinta de todo cuanto había alrededor. El muchachito miró el ojo de la llave, su pequeño vacío

redondo. Miró la cabeza breve, el tallo, el diente delicado, casi demasiado pequeño para el mundo duro en que había amanecido la mañana. La volvió entre los dedos, despacio, como si la simple rotación bastara para arrancarle alguna noticia de lo que había sido suyo.

¿De qué cerradura se había separado?

La pregunta no subió a su boca. Pasó apenas por la mano, por la vista, por esa atención nueva que el metal imponía sin alzarse, sin reclamar. No parecía llave de gran puerta ni de cerrojo pesado. Era demasiado leve para eso. No venía de portón ni de granero. No era llave de cadena gruesa ni de candado de campo. Su tamaño pedía otra escala. Una tapa. Un cajón. Una caja pequeña. Algo que se abre sentado, con la cosa apoyada en las rodillas, mientras la luz de una vela cae sobre la madera o el metal y la mano gira despacio una llave así de breve.

El muchachito siguió mirándola.

Podía venir de una caja guardada en la penumbra de una casa, entre botones desaparejos, una cinta doblada muchas veces, dos monedas

sin gasto, una estampa ennegrecida por el roce de los dedos. Una mano vieja podía haberla buscado en un bolsillo cosido por dentro, en el borde de un pañuelo, en el fondo de un cajón abierto a la luz de una vela, sin encontrar ya el punto exacto donde se había soltado de su costumbre. La llave, pequeña y amarilla, tenía esa medida.

O podía venir de otra pobreza. De una cajita de hierro donde no hubiera joyas ni cintas, sino clavos buenos, una medalla doblada por el tiempo, un papel con números casi borrados, una moneda traída de lejos por otra mano y guardada aparte del resto. También hay cosas que no andan mezcladas con las herramientas aunque vivan cerca de ellas. También hay pequeñas reservas de metal, de memoria o de rareza, recogidas en una oscuridad corta. Y una llave así, breve y exacta, podía muy bien haber cerrado algo de esa especie.

La sostuvo más cerca de la cara.

El vapor de su aliento la tocó un instante y se deshizo. El metal no perdió su frialdad. En la base de la cabeza, junto al ojo, quedaba

todavía una vena de barro oscuro. El muchachito la limpió con la uña. Apareció debajo una curva más neta, un borde bien hecho, una forma trabajada por mano cuidadosa. No era una pieza rota, ni un resto torcido, ni un fragmento arrancado a otra cosa mayor. Era exactamente lo que debía ser. Una llave completa, pequeña, cerrada en su propia medida, como si hubiera esperado bajo la tierra no para convertirse en hallazgo, sino para volver a cumplir.

La tierra limpia para el fuego seguía allí, abierta en medio de la nieve. Las astillas esperaban. La leña más fina también. El hacha descansaba a un lado. Todo cuanto había llevado al muchachito hasta ese punto permanecía presente, fiel a su necesidad primera. Sin embargo, algo había empezado a desviarse, no todavía en el gesto, pero sí en la imaginación, que ahora se acercaba a la llave como una mano segunda.

No de una puerta alta. No de una casa entera. No de un cerrojo puesto para cerrar el paso al viento o a los animales. Era demasiado pequeña. Tenía la delicadeza breve de lo que

guarda no un espacio, sino un interior recogido. Una caja, pensó sin terminar de pensarlo. Una cajita. Algo hecho para recibir cosas también pequeñas: anillos pobres, una aguja buena, un mechón atado con hilo, dos cartas dobladas, una moneda guardada contra el fondo, un pendiente solo, una piedra lisa que alguna vez fue tesoro en la mano de un niño. El muchachito no había visto quizás ninguna caja así, o no muchas. Pero la llave pedía una.

La volvió de nuevo.

Bajo la luz cansada de la mañana, el oro no relumbraba. Guardaba su color dentro de sí, como si el brillo hubiera aprendido también a quedarse quieto bajo el invierno. Eso la volvía más extraña aún en medio del campo. Todo alrededor era dureza abierta, madera, nieve, tierra, herramientas, necesidad. La llave traía otra ley. Una ley de correspondencia, de secreto pequeño, de interior cerrado no por peso, sino por ajuste. El muchachito sentía esa otra ley sin nombrarla. La sentía en el modo en que seguía sosteniendo el hallazgo sin guardarlo todavía, sin arrojarlo a un lado, sin devolverlo al barro de donde había salido.

Tal vez la caja estaba cerca.

La idea no cayó de golpe. Se fue reuniendo despacio, como se reúnen las cosas que primero parecen imaginación y enseguida empiezan a pedir suelo. Donde hay llave, puede haber cerradura. Donde hay cerradura, puede haber tapa. Donde hay tapa, puede haber algo guardado. La tierra, que acababa de devolver aquella pieza mínima, podía guardar también su correspondencia. No era una certeza. Era una inclinación del pensamiento nacida del metal mismo, de su forma precisa, de su inutilidad aparente frente al fuego, de su negativa a ser sólo un objeto perdido entre otros.

El muchachito miró el círculo oscuro que había limpiado para la llama.

El suelo seguía allí, casi listo. La fogata pequeña cabía todavía en ese centro. Bastaba un gesto más, una chispa, un poco de resguardo del aire, y el calor empezaría al fin a trabajar contra la rigidez de las manos y el dolor fino del pecho. Todo eso seguía siendo cierto. Pero la llave en la palma había abierto otra cercanía, una cercanía

no del cuerpo, sino de la expectativa. Algo aguardaba tal vez bajo la misma tierra que él acababa de despejar para el fuego. Algo pequeño también, hecho para recibir justamente aquella forma breve y dorada.

Aquello no nacía de una vez. Venía despacio, como viene el fuego cuando todavía no se lo ve y ya ha empezado a trabajar debajo de la leña.

Una cajita de hierro, pensó casi sin saber que pensaba. No grande. No pesada. Enterrada a poca profundidad. Tal vez caída de un bolsillo. Tal vez escondida deprisa. Tal vez olvidada bajo la nieve de un año y después de otro, mientras la llave quedaba más arriba, retenida aparte por la tierra y el hielo. Una cajita oscura, con el ojo de la cerradura del tamaño justo para ese diente pequeño. Cerrada desde hacía inviernos. Llena de qué, no podía saberlo. Pero el no saberlo la agrandaba.

Podía guardar monedas.

Podía guardar anillos.

Podía guardar una medalla, un broche, dos piezas de plata, un dedal bueno, una cadenita rota, botones de uniforme, una estampita enrollada, una piedra amarilla, cualquier pequeña riqueza capaz de dormir mucho tiempo dentro del hierro sin pudrirse. Podía no guardar casi nada y aun así valer por el simple hecho de estar cerrada. Porque lo cerrado promete más que lo visible. Porque una tapa ajustada hace crecer lo que no muestra. Porque una llave hallada en tierra fría no parece nunca hecha para muy poca cosa.

El muchachito cerró un poco la mano sobre el metal.

Sintió en la palma la forma breve de la llave, su diente, su cabeza redonda, su tallo corto. Era casi nada de peso. Y, sin embargo, había cambiado la medida de la mañana. El frío seguía en él, pero ya no llenaba solo el campo. El fuego seguía siendo necesario, pero ya no era lo único que el suelo parecía pedir. La tierra, bajo el círculo limpiado, había dejado de ser solamente sitio para la brasa. Se había vuelto también reserva.

Miró alrededor.

La nieve permanecía inmóvil. Los árboles secos no decían nada. El trineo esperaba con la leña reunida. La casa seguía lejos, detrás del blanco. Ninguna señal nueva había aparecido en la superficie del campo. Sólo la llave, pequeña y amarilla, dormía despierta en su mano. Pero a veces basta una cosa mínima para que el mundo mude de eje sin moverse.

El muchachito bajó la vista otra vez hacia la tierra oscura.

Allí seguía el lugar del fuego. Allí, también, podía seguir escondida otra cosa. La mañana retenía el aliento sobre ambos.

La llave, limpia ya del barro más grueso, descansaba en su palma con su pequeño peso de oro y de espera.

Capítulo VI

La llave seguía en su palma.

El muchachito la miró una vez más, luego miró el pequeño círculo de tierra limpia, las astillas ordenadas, las ramas finas dispuestas para el primer fuego. Todo seguía allí, listo casi hasta el final. Bastaba muy poco. Una chispa, un gesto más, un poco de resguardo para la llama naciente. El cuerpo lo sabía. En los dedos, la rigidez seguía apretando las junturas. En el pecho, el aire entraba con esa aspereza blanca que ya no se dejaba olvidar. El calor seguía siendo la medida correcta. Seguía estando cerca. Seguía siendo necesario.

Y, sin embargo, la mano no dejó la llave.

La sostuvo un instante más, como si de su peso mínimo pudiera salir todavía alguna noticia. El metal permanecía frío, terso, entero en su pequeñez. No servía para el fuego. No aliviaba el pecho. No soltaba las manos. No arrastraba el trineo. No hacía arder la leña. Pero había introducido en la mañana otra clase de urgencia, una urgencia sin calor y sin abrigo, una tensión del pensamiento que empezaba a tirar de él desde el suelo mismo.

Donde hay llave, puede haber cerradura.

La idea no era nueva ya. Había empezado antes, como una hebra fina. Ahora ganaba cuerpo. No mucho, no de golpe, pero sí lo suficiente para desviar la atención. El círculo de tierra limpia seguía delante. La llave, en cambio, parecía pedir otra cosa del suelo. No un fuego sobre él, sino una búsqueda debajo de él. No un centro para la llama, sino un rastro. No calor. Correspondencia.

El muchachito bajó la vista hacia la tierra oscura que había limpiado con tanto cuidado.

Allí estaba el lugar de la fogata todavía por nacer. Allí también había salido, casi sin anunciarse, el pequeño metal dorado. La proximidad de ambas cosas empezó a trabajar en él como trabajan ciertas sospechas materiales, sin voz, sin argumento, por mera vecindad. Si la llave había estado allí, tal vez no había estado sola. Si la tierra la guardó a ras del suelo, quizá había guardado también aquello para lo que había sido hecha. Una caja pequeña. Una tapa. Un cierre. Algo enterrado a poca distancia. El pensamiento no se alzaba todavía como certeza, pero ya dejaba de ser simple imaginación. Empezaba a pedir mano.

Miró la leña.

Las astillas seguían cruzadas con exactitud pobre. Las ramas finas, tan bien dispuestas hacía apenas unos minutos, conservaban en su orden una promesa visible de calor. El hacha descansaba al borde del círculo. La nieve apartada formaba alrededor esa media pared blanca que protegía el centro oscuro. Todo lo necesario para el fuego estaba listo. Todo lo correcto seguía entero. Pero a veces basta que un objeto pequeño aparezca con su

forma exacta para que la mano, sin negar todavía la necesidad, empiece a demorarse en otra obediencia.

El muchachito cerró la mano sobre la llave y volvió a abrirla.

El oro, ya más limpio, retenía el poco resplandor que la mañana podía darle. No brillaba hacia afuera. Brillaba hacia adentro, como si su luz breve no quisiera mostrarse del todo mientras no encontrara su sitio. Esa reserva del metal aumentaba su poder. Una piedra habría quedado ahí, muda. Un trozo cualquiera de hierro también. La llave, en cambio, traía consigo una promesa de ajuste. Su forma exigía otra forma. Y de esa exigencia nacía el desvío.

No fue una decisión ruidosa.

No dejó de querer el fuego. No dejó de sentir el frío. No dejó de necesitar el calor pequeño que podía devolverle obediencia a las manos. Lo que ocurrió fue otra cosa: la prioridad empezó a moverse. El gesto que debía haber ido hacia la chispa se demoró. La mano que debía encender siguió sosteniendo la llave.

La vista que debía caer sobre las astillas volvió a caer sobre la tierra. El cuerpo permanecía bajo la ley del invierno, pero la atención ya había empezado a girar hacia otra cosa.

Hubo una vez un camino corto entre la casa y el agua. No tenía nada de raro: un borde de barro, yuyos pobres a los lados, alguna piedra medio hundida, la tarde ya bajando sobre el campo. Por él podía ir una mano con su balde vacío, volver con el peso del agua y entrar otra vez en el calor antes de que la luz se cerrara del todo. Bastaba seguir derecho.

Pero a un lado, entre los yuyos, algo mínimo podía prenderse a la vista. No un gran resplandor. Apenas una viveza pequeña en el barro, una tersura distinta entre las cosas opacas, un brillo corto que no quitaba la sed ni llenaba el balde, pero introducía otra línea en la mirada. Entonces el cuerpo, sin dejar todavía el camino, ya no iba entero hacia el agua. Una parte de la atención se inclinaba. El paso se demoraba. El balde seguía liviano. La casa seguía esperando. Y, sin embargo, la vista empezaba a ir por delante, rozando el borde, buscando si había más, si aquella pequeña llamada del suelo terminaba allí

o seguía un poco más adelante, entre las piedras, junto al alambrado, debajo de la hierba seca.

El desvío no nacía de un gran error. Nacía de una pequeñez brillante en medio de la pobreza de la tarde. Cuando por fin el cuerpo volvía a reunirse y retomaba el camino recto, la luz ya había bajado más. El agua seguía faltando. El balde seguía siendo balde. Pero algo del tiempo se había ido detrás de un relumbre que no servía para la sed.

Algo de esa pequeña obediencia al brillo trabajaba ya en él.

Se agachó más cerca del suelo.

No para encender todavía. No para acercar la chispa a las astillas. Se agachó buscando en la tierra oscura, alrededor del punto donde la llave había salido, alguna señal pequeña que antes no había importado. Una línea más recta que las raíces. Un borde. Una dureza que no fuera piedra. Una resistencia de tapa bajo la costra del suelo. La hoja del hacha volvió a su mano, no ya como herramienta del fuego, sino como instrumento de tanteo.

Raspó un poco a un lado del centro.

La nieve retirada no cambió. La tierra siguió cediendo en películas delgadas. Debajo, granos oscuros, barro duro, pequeñas raíces, nada todavía que respondiera a la medida de la llave. El muchachito pasó la hoja al otro lado y raspó de nuevo. El fuego seguía esperando. La leña seguía seca. Las astillas seguían quietas en su lugar. Pero el gesto ya no obedecía a la llama. Todo cuanto antes convergía hacia ella empezaba a abrirse ahora en búsqueda lateral.

La rigidez de los dedos no desaparecía. Al contrario. El frío seguía allí, aferrado a las junturas, instalado en el cabo del hacha, en la tela de la ropa, en la respiración corta. Pero el hallazgo había hecho una cosa peligrosa: le había dado al cuerpo una razón para soportar un poco más la intemperie. Mientras el metal estuviera en su mano, el sufrimiento no mandaba solo. Había otra tensión más viva que lo acompañaba. Y eso bastaba para posponer lo correcto.

Apartó otro poco de tierra.

Nada.

Volvió a raspar más cerca del borde blanco.

Nada todavía.

Bajó la mano sin prisa, como si la paciencia fuera a obtener del suelo una respuesta que la urgencia del fuego no había sabido buscar. El invierno seguía entero sobre el campo. El trineo esperaba detrás con la leña reunida. La casa seguía siendo la misma distancia. Nada afuera había cambiado. Sólo el orden interior de la mañana se desplazaba, y ese desplazamiento, por pequeño que fuera, ya alteraba todo.

Miró la llave otra vez.

Pequeña. Dorada. Exacta. Su diente fino, su cabeza breve, su ojo redondo. Una forma así no pide vacío grande. Pide cerradura ajustada. Pide una caja o cajita, un metal oscuro, una tapa, un pequeño resguardo enterrado. Cuanto más la miraba, menos podía creer que fuera llave sin destino. Una piedra puede quedar donde cae.

Una llave así, breve y exacta, parecía pedir todavía otra cosa del suelo.

Volvió a guardarla en la palma y siguió tanteando el suelo.

El círculo limpio empezó a perder su pureza primera. Donde antes había una superficie casi lista para la brasa, aparecían ahora raspaduras nuevas, costras vueltas, migas de barro helado apartadas hacia el borde, pequeñas irregularidades nacidas ya no de la preparación, sino de la búsqueda. El lugar del fuego seguía reconocible, pero empezaba a ceder su forma a otra intención. El muchachito trabajaba todavía cerca del suelo, todavía con gestos breves, todavía con atención pobre y precisa. Sin embargo, la mano ya no obedecía a la misma pobreza. Había entrado en ella una expectativa.

El muchachito siguió.

Raspó hacia la izquierda, luego hacia delante. La tierra aparecía igual y distinta en cada punto. Más compacta aquí. Más húmeda allá abajo de una película dura. Más suelta junto a una raíz. Más severa donde la helada la había

cerrado mejor. El hacha devolvía a la mano pequeñas resistencias, ninguna todavía concluyente. El metal de la llave, entretanto, seguía pesando casi nada y tirando mucho.

La fogata no había sido negada.

Quedaba allí, entera todavía en sus astillas, en la media pared de nieve, en la tierra casi lista. Precisamente por eso empezaba a volverse más frágil. Seguía cerca. Seguía posible. Pero la mano ya no descansaba por entero en ella. El muchachito podía todavía encender. Todo seguía dispuesto para eso. Sólo que entre la chispa y el gesto había entrado ya otra espera. La imaginación, apenas nacida en torno del metal, había empezado a repartir su fuerza de otra manera. Donde antes veía tierra para el calor, veía ahora también posible escondite. Donde antes el suelo ofrecía asiento a la brasa, ofrecía ahora reserva.

Debajo de la nieve, la tierra guardaba lo suyo. Debajo de la tierra, tal vez otra cosa.

El muchachito inclinó el cuerpo más adelante y raspó con más insistencia alrededor

del punto inicial, ensanchando sin darse cuenta el trabajo. La nieve blanca del borde empezó a mezclarse con barro oscuro. Una pequeña piedra salió rodando y quedó a un costado. Una raíz breve se cortó con un chasquido seco. Nada todavía respondía. Pero la falta de respuesta no devolvía el gesto al fuego. Lo empujaba a insistir.

El cuerpo no se había vuelto menos vulnerable porque la atención se hubiera desviado. Sólo se había vuelto menos dócil a su propia necesidad. El frío seguía entrando.

El muchachito volvió a mirar las astillas.

Estaban ahí. Quietas. Exactas. Hechas para comenzar el calor.

Después miró la llave.

Y volvió a bajar la hoja hacia la tierra.

El desvío había empezado.

Capítulo VII

El muchachito siguió raspando la tierra.

Al principio, el gesto conservó todavía algo de la medida anterior. La hoja entraba corta, levantaba una capa de barro helado, apartaba una costra, tanteaba una dureza, volvía a entrar. El círculo limpio para el fuego seguía allí, aunque ya menos claro. Las astillas, a un lado. La leña fina, todavía dispuesta. El hacha, la mano, la nieve retirada, el borde blanco. Todo eso permanecía. Pero el centro ya no era el mismo. La llama había quedado detrás sin apagarse, porque nunca había llegado a nacer. Lo que había delante era otra insistencia.

La tierra cedía poco.

Debajo de la primera costra aparecía otra más dura, más pegada al frío, más cerrada por la helada de la mañana. El muchachito tuvo que inclinarse más para meter la hoja en ángulo, levantar mejor la capa, arrancarla entera cuando podía, quebrarla cuando no. El trabajo dejó de parecer preparación y empezó a parecer búsqueda. Ya no estaba dando suelo al fuego. Estaba abriendo el suelo para otra cosa.

A cada raspadura, el pequeño orden primero se deshacía un poco más.

La nieve del borde se mezclaba con migas de barro oscuro. El círculo casi parejo de antes se volvía una herida irregular. Las astillas dejaban de ocupar el centro de la mirada. El hacha ya no obedecía al nacimiento de una brasa, sino a la sospecha. Y la sospecha, cuando toma la mano, no se conforma con una sola prueba. Quiere más tierra vuelta, más costra apartada, más espacio abierto alrededor del punto en que una vez apareció el metal.

El muchachito cavó.

No profundo todavía. Más bien ancho. Ensanchó el lugar. Sacó de un lado y de otro la tierra dura. Empujó con la hoja unas raíces cortas. Hizo saltar una piedra pequeña. Siguió. El frío seguía entrando por los dedos, por las mangas, por la tela húmeda en las rodillas de tanto agacharse. Pero el cuerpo, mientras podía todavía, obedecía a la expectativa con una docilidad distinta de la que había tenido frente al trabajo de la leña. Allí el esfuerzo juntaba. Aquí removía.

La llave seguía en su bolsillo o en el puño, cerca de la mano, como una prueba mínima de que la tierra ya había respondido una vez y podía volver a responder. La tierra no era ya solamente tierra. Había dejado de ser puro suelo y se había vuelto reserva. Donde antes el muchachito veía un lugar para el calor, veía ahora un escondite posible, un fondo no bastante abierto, una superficie que ocultaba. El invierno, que había cubierto el campo entero bajo su blanco, parecía haberse recogido ahora en una porción pequeña del suelo. Lo oculto se había estrechado. Cabía bajo la hoja del hacha. Cabía en esa tierra removida. Cabía quizá a un palmo de profundidad.

Siguió cavando.

El cuerpo empezaba a pagarlo.

La espalda, doblada desde hacía rato, ya no se enderezaba con la misma limpieza. Las piernas se afirmaban peor sobre la nieve mezclada con barro. Los dedos tardaban más en ajustar el cabo del hacha cuando había que volver a entrar con la hoja. El aire, al bajar, dolía más. El pecho lo recibía con una tirantez de vidrio. Y, sin embargo, nada de eso devolvía el gesto al fuego. Al contrario. Cada pequeño cansancio parecía apretar más la espera, como si tanto frío sufrido necesitara todavía una respuesta enterrada.

La mañana se había estrechado alrededor de él.

Ya no estaban el campo, ni los cercos, ni los árboles, ni la distancia bajo el blanco con la misma amplitud de antes. Todo eso seguía existiendo, pero alrededor de él quedaban ya casi sólo la mano, la hoja, la tierra, el hueco, el aliento. Detrás, el trineo. A un lado, las ramas

para el fuego todavía no encendido. Y más lejos, casi fuera de la atención, la casa, el regreso, el calor necesario. El muchachito cavaba dentro de una reducción del mundo.

La hoja bajaba y levantaba suelo. Bajaba y volvía a sacar barro, raíces cortas, piedras pequeñas. El aliento caía dentro del hueco y subía otra vez hacia la cara, más espeso, mezclado con el olor oscuro de la tierra abierta. La mirada caía también. Volvía siempre al mismo punto. A esa altura, la repetición había apretado tanto la mañana que el hueco parecía no abrirse sólo hacia abajo. Crecía también hacia la respiración, hacia las manos, hacia la inclinación entera del cuerpo. La tierra removida se le pegaba en los puños, en las mangas, en el borde de la rodilla. El trabajo ya no estaba limpio alrededor de él. Empezaba a subir.

El muchachito no se decía nada. Seguía raspando. Pero la hoja, al bajar una y otra vez sobre el mismo trecho, iba reuniendo en un solo sitio el barro, el frío, el cansancio y esa espera que ya no sabía soltarse del suelo. Cada nueva entrada levantaba muy poco. Cada nueva entrada pedía otra más.

La tierra devolvía poco.

Una raíz más gruesa que obligó a cambiar el ángulo. Un terrón duro partido al medio. Otra piedra, plana, sin secreto. Una veta de barro más negro, más húmedo abajo de la costra. Nada todavía que correspondiera a la llave. Nada con borde de caja ni dureza de tapa. Nada que respondiera a la medida breve del metal guardado en el puño o en el bolsillo. Pero la falta de respuesta no aflojaba el gesto. Lo apretaba más al mismo sitio.

El muchachito siguió.

Su aliento ya no salía parejo. Se cortaba un poco al agacharse, volvía más pesado al enderezarse a medias, se espesaba delante de la cara y enseguida se deshacía. El frío en las manos había dejado de ser sólo rigidez. Había entrado en una zona más torpe, menos precisa, en que el contacto tarda en volverse sensación y el objeto parece un instante ajeno antes de volver a entrar en la obediencia de los dedos. Aun así, la mano seguía buscando.

La hoja del hacha golpeó algo un poco más firme.

El muchachito se detuvo. Bajó más la cara. Raspó alrededor. La nieve mezclada con tierra hizo una pasta oscura en el borde del hueco. La resistencia seguía allí, pero al limpiarla mejor resultó ser apenas una piedra chata, enterrada de canto. La apartó con la punta de la hoja. Rodó a un lado. Nada debajo. Sólo más tierra apretada.

Volvió a cavar.

El hueco se ensanchó un poco más. Ya no tenía la forma del pequeño círculo dispuesto para la fogata. Había perdido toda limpieza. Era una abertura desigual, con lados mal cortados, bordes donde el blanco se iba volviendo barro, centro oscuro removido una y otra vez. El lugar del fuego había sido tomado por la búsqueda. Eso era ya visible. La nieve del borde se mezclaba cada vez más con barro oscuro. Donde antes había asiento para la brasa, había ahora una abertura removida una y otra vez, con el blanco volviéndose tierra y la tierra volviéndose demora. Si una chispa hubiera caído

entonces sobre aquellas ramas, no habría encontrado ya el suelo exacto que la esperaba antes. La tardanza estaba trabajando también sobre las cosas quietas.

El muchachito cambió la mano de posición sobre el cabo.

Le costó un instante. La rigidez y el cansancio ya no dejaban hacer sin pequeño retraso. El cuerpo empezaba a llegar tarde a sus propios gestos. La hoja entró otra vez. Sacó tierra. Entró de nuevo. A esa altura, la tarea había perdido casi toda su variedad. Sólo quedaba insistir. Y la insistencia, cuando ya no recibe premio, empieza a volverse una forma de desgaste puro.

El frío seguía ganando terreno.

No porque la mañana hubiera cambiado, sino porque el cuerpo se iba vaciando de aquello que al principio lo defendía. El trabajo de la leña le había quitado fuerza. La preparación del fuego le había reunido un último orden posible. La llave lo había desviado. Ahora, en la excavación, todo eso se juntaba y se volvía

contra él. Cada minuto sin llama hacía más pobre el cuerpo. Cada nuevo gesto sobre la tierra lo alejaba un poco más del calor que había estado a la mano.

Y, sin embargo, la proximidad perdida del fuego no devolvía claridad. La expectativa seguía ahí, endurecida ya por el mismo atraso. Había que seguir un poco más. Apenas un poco más. Otra capa. Otro borde. Otro tanteo alrededor del primer hallazgo.

El muchachito se inclinó más todavía.

La nieve en una rodilla empezó a derretirse apenas con el peso y el calor pobre del cuerpo, humedeciendo la tela para luego enfriarla más. La manga rozó tierra mojada. Un poco de barro quedó pegado al puño. La cara estaba más cerca del hueco. El aliento caía dentro y volvía hacia él como un vapor más espeso, mezclado con el olor oscuro del suelo abierto. Cavaba ya dentro de una intimidad sucia y fría, pegada a la cara, a las manos, a la respiración.

A veces parecía que en el fondo del hueco una forma empezaba a desparecerse bajo el barro, apenas una tersura, apenas un filo, como si la tierra recordara de pronto que guardaba otra cosa. Primero una línea. Después un borde. Después esa tersura distinta, esa firmeza no mineral. Entonces la mano apuraba un poco el raspado, la hoja entraba con más esperanza, el cuerpo inclinaba sobre esa mínima señal una reserva de fuerza que ya no tenía en abundancia. Pero enseguida la tierra volvía a ser sólo tierra, la dureza era otra piedra, el brillo resultaba hielo, la forma se deshacía en barro. El muchachito seguía después de cada desengaño como siguen los cuerpos cuando ya han cambiado de ley y no saben volver a tiempo.

Detrás de él, el trineo esperaba.

La leña reunida seguía allí, pobre y real. Las astillas seguían siendo astillas. El fuego seguía siendo posible, pero cada vez más tarde. Esa tardanza no se anunciaba con ruido. Se asentaba. Igual que la nieve. Igual que el frío en las cosas. Igual que el cansancio en los músculos del muchachito.

La hoja volvió a bajar.

Entró mal esta vez. Resbaló un poco sobre la costra húmeda, torció el gesto y obligó al muchachito a corregirse con una brusquedad pequeña. El cuerpo respondió tarde. El hacha no cayó, pero el brazo sintió el tirón. Se quedó quieto un momento, respirando más fuerte, con la mano cerrada sobre el cabo y el hueco abierto delante. El frío aprovechó esa quietud. Volvió a entrar con más claridad en los dedos, en la espalda, en el cuello. El muchachito apretó la boca y siguió.

La tierra ya no cedía sólo afuera.

En la lentitud de las manos, en la pesadez de la espalda, en el pensamiento vuelto una sola insistencia, algo del hueco empezaba a subir al cuerpo. El barro en los puños. La demora en los dedos. La misma repetición pegada a la respiración. Cada vez que la hoja volvía a entrar, el gesto sacaba muy poco y gastaba mucho. La tierra devolvía casi nada. Y, sin embargo, la mano seguía bajando, como si el vacío abierto abajo hubiera encontrado ya un sitio donde seguir cavándose.

El muchachito siguió cavando.

La mañana, entretanto, se había vuelto casi toda hueco, aliento y tierra removida. El invierno entero parecía concentrado en ese trabajo sin llama. La búsqueda no había dado todavía su respuesta. Pero ya se le había pegado al cuerpo.

Capítulo VIII

El muchachito siguió cavando.

A esa altura, la búsqueda ya no crecía. Persistía. Había dejado atrás la energía corta del hallazgo reciente y entrado en otra zona, más pobre, más dura, donde el cuerpo trabaja no porque conserve fuerza, sino porque no sabe todavía interrumpirse. La hoja del hacha seguía entrando en la tierra removida, levantando costras, apartando barro helado, haciendo saltar pequeñas piedras sin secreto. El hueco, ensanchado y desfigurado por la insistencia, ya no guardaba casi nada del pequeño círculo dispuesto una vez para el fuego. El lugar de la llama había sido tomado por completo por la demora.

El frío se afirmaba.

Ya no estaba sólo en los dedos ni en el pecho. Había entrado en el compás mismo del muchachito. Le retardaba la vuelta de la mano sobre el cabo. Le endurecía el hombro. Le ponía un peso ajeno en la espalda cada vez que intentaba enderezarse un poco. El aliento caía dentro del hueco y volvía a subir más corto, más espeso, como si el suelo abierto respirara también contra él. La nieve mezclada con tierra había manchado las rodillas, los puños, el borde de la manga. El invierno ya no lo rodeaba solamente. Empezaba a adherirse a él.

Siguió.

La hoja encontró otra resistencia. No fue como las otras. No esa firmeza ciega de la piedra, ni la oposición fibrosa de una raíz, ni la costra vieja de barro apretado por la helada. Fue una superficie más entera, menos áspera, que respondió al golpe con una brevedad seca y cerrada. El muchachito quedó quieto un instante, respirando sobre el hueco. Volvió a tocar alrededor, con más cuidado ahora, no por prudencia clara, sino por ese temblor de

atención que nace cuando la tierra por fin devuelve algo distinto de sí misma.

Raspó el borde.

La tierra salió en láminas oscuras, húmedas en su parte de abajo. Debajo apareció una línea recta, tan pequeña al principio que podía todavía confundirse con el canto de una piedra mejor cortada por el azar. El muchachito limpió otro lado. La línea siguió. No era veta, no era raíz, no era hielo. Tenía esa sobriedad muda de las cosas hechas por mano. Volvió a pasar la hoja, más despacio. Surgió un ángulo. Después otro. Un borde. Una superficie plana, oscura, cerrada en sí, apenas más fría que la tierra, pero distinta de ella en la manera de recibir la luz cansada de la mañana.

El muchachito dejó el hacha a un lado.

Metió los dedos en el hueco y tanteó aquella forma nueva. El barro helado se le pegó a las yemas. La superficie, debajo, era dura, lisa en algunos puntos, corroída en otros, con una frialdad más densa que la del suelo. Tiró apenas. No salió. La cosa seguía presa por un costado.

Apartó más tierra con la mano, luego con la punta del hacha, luego otra vez con los dedos. El borde se hizo más claro. Ya no era una simple dureza encontrada en el cavar. Era un cuerpo.

Un cuerpo pequeño.

La medida de la llave empezó a volver sobre él con una fuerza distinta. No como imaginación suelta ahora, sino como presión exacta entre la mano y lo hallado. El muchachito limpió un costado más. La forma, aún semienterrada, mostraba una pequeñez cerrada, una proporción recogida, casi doméstica en medio del barro y del invierno. Todavía no sabía qué era. Pero ya sabía que no era suelo.

Tiró otra vez, con más cuidado.

La tierra cedió en un costado. El cuerpo salió un poco, luego otro poco más, hasta desprenderse del todo con una resistencia final, breve, como si el barro lo hubiera sujetado más por costumbre que por fuerza, del mismo modo que había retenido antes la llave. El muchachito lo sostuvo entre las dos manos.

Era una cajita de hierro.

Pequeña también.

Oscura.

Fría.

No tenía nada del brillo de la llave. El metal, trabajado por la humedad, por el tiempo y por los inviernos enterrados, guardaba una opacidad severa, una negrura mate en los rincones, un borde comido aquí y allá por una herrumbre vieja y firme. En una de las caras quedaba todavía barro pegado. En otra, una costra fina de hielo se quebró apenas con el calor pobre de la mano. La caja era casi del tamaño que la llave había prometido. No grande. No pesada. Apenas bastante para caber entera en las dos palmas endurecidas del muchachito.

La sostuvo sin abrirla.

El cuerpo, aunque cansado, aunque ya trabajado por el frío, recibió en ese instante una tensión nueva, casi más fuerte que el alivio. La búsqueda, al fin, había encontrado respuesta. La

tierra no había mentido. La llave no era un metal sin destino. Allí estaba la otra mitad de su promesa, el cuerpo oscuro correspondiente al brillo breve que había salido antes del barro. Durante un momento, el hueco, la nieve, el dolor fino del pecho, la rigidez de los dedos, todo quedó detrás de la simple presencia de la caja entera entre sus manos.

La volvió hacia la luz.

En el costado más limpio, el hierro dejaba ver un trabajo antiguo, pobre pero exacto. No había lujo en ella. No parecía joyero de casa rica ni cofre grande de viajero. Era una caja hecha para guardar poco. Tal vez monedas. Tal vez botones buenos. Tal vez una medalla, un pendiente solo, una carta doblada hasta quedar del tamaño de una mano, un mechón atado con hilo, una estampa, dos llaves viejas, una alianza guardada después de la muerte. Todavía cerrada, la caja ya levantaba su tapa en él, despacio, como si el hierro hubiera empezado a aflojar primero en la espera y sólo después en la juntura.

¿De quién habría sido?

¿Quién la habría tenido cerca del cuerpo?

¿Quién la había cerrado por última vez?

¿Quién la había puesto bajo tierra?

Por su tamaño, la caja llevaba el pensamiento hacia cosas guardadas aparte: metal breve, papel doblado, una redondez pequeña dormida en sombra corta. No parecía hecha para andar expuesta ni para abrirse en mesa grande. Más bien pedía un sitio bajo, un cajón, un rincón de tela, un fondo donde lo pequeño queda junto a la mano que lo conoce y sigue durando en sombra corta, sin mezclarse del todo con lo demás. El muchachito la miraba y esas conjeturas nacían de la opacidad misma del metal, de su pequeñez obstinada, de su manera de seguir entera después de tanto tiempo bajo el blanco.

La apoyó un momento sobre la tierra removida.

El hierro dejó en el barro una huella corta y oscura. El muchachito se pasó la mano

por la boca, más por reflejo que por alivio. El aliento seguía saliendo áspero. El frío seguía entero en sus dedos. Pero ahora había una caja. La promesa ya no estaba debajo del suelo. Había subido a la mañana. Cabía en las manos.

La herrumbre, en los bordes, dejaba ver un tiempo asentado sin brillo. En una juntura, el óxido se había afirmado más. En otra, el hierro seguía liso bajo la costra. La llave, dormida más arriba. La caja, más honda. Entre una y otra, barro helado, capas de blanco, años sin mano. Todo eso seguía pegado al metal, no como historia dicha, sino como una frialdad más quieta, más junta, asentada en los bordes y en el cierre.

La idea entró sin ruido.

No como historia entera, sino como un frío nuevo alrededor del objeto. La caja seguía allí. La llave también. La juntura todavía entera. El ajuste esperando todavía su giro. Todo eso había permanecido bajo inviernos sucesivos sin que la mano que conocía su medida volviera a reunirlo. El hierro seguía entero, pero el tiempo se le había pegado en la juntura.

El muchachito limpió con el pulgar un borde de la tapa.

Debajo de la suciedad apareció una línea más firme, la juntura entre la tapa y el cuerpo de la caja. La vio. La siguió un poco con la uña. Allí estaba el cierre. Allí, en alguna cara, debía de estar el pequeño ojo destinado al diente breve de la llave. El ajuste prometido por el metal dorado ya no era imaginación. Era forma casi visible, ya presente en el hierro, a un giro apenas de distancia.

Volvió a levantar la caja.

Pesaba poco, pero no nada. Ese poco bastaba para aumentar el deseo de saber. Lo liviano puede engañar. A veces guarda casi nada. A veces concentra mucho. A veces una caja pequeña contiene sólo una moneda y un resto de papel. A veces contiene la medida entera de lo que alguien no quiso perder. El muchachito no podía saber cuál de esas pobreza dormía allí. Y precisamente por eso la caja crecía en sus manos.

La volvió de un lado a otro.

En uno de los costados, el barro ocultaba todavía casi todo. En otro, el hierro mostraba una opacidad más lisa. En la tapa, una ligera convexidad apenas visible recogía la humedad fría de la mañana. No había adorno. No había figura. No había inscripción que dijera nombre o dueño. La caja guardaba su mudez con una severidad mayor que la llave. El oro había suscitado preguntas por brillo contenido. El hierro, en cambio, las enfriaba. Las hacía más pobres, más duras, más cercanas a la pérdida.

¿Quién la había cerrado por última vez?

¿Con qué prisa?

¿Con qué cuidado?

¿Con qué esperanza de volver?

¿Y si no volvió, dónde quedó ese cuerpo?

¿Si murió lejos?

¿Si cayó antes de alcanzar otra vez este campo?

¿Si el invierno también lo cubrió a él en alguna parte sin testigos?

La caja, entre las manos del muchachito, pesaba poco. Pero su frialdad no era sólo la del hierro. Había en la tapa, en la juntura, en la herrumbre de los bordes, un frío más quieto, asentado allí desde hacía tiempo. El muchachito la sostenía y sentía subir de ella esa frialdad más vieja. No bastaba con pensar en lo que guardaba. También el hierro, opaco y entero después de tanto barro, llevaba en la juntura, en la herrumbre de los bordes y en la dureza cerrada de la tapa una quietud antigua, espesa y fría, asentada allí desde hacía inviernos.

La mañana, entretanto, seguía allí.

La nieve alrededor del hueco.

El trineo detrás.

La leña todavía sin arder.

El cuerpo cada vez más tomado por el frío.

Todo eso no había desaparecido. Pero la presencia material de la caja alteraba la escala de cada cosa. El fuego seguía siendo necesidad y quedaba, sin embargo, más lejos que nunca. La caja había subido del suelo tarde. Estaba allí, sí. Fría, cerrada, opaca, con la misma ley del invierno afirmándose ya sobre su superficie, como si el hierro hubiera subido del suelo trayendo consigo el mismo frío que iba endureciendo al muchachito.

Buscó con la vista el pequeño ojo de la cerradura.

Todavía no lo veía del todo. El barro seguía pegado a un costado. La mano, torpe ya por la helada, tardaba más en limpiar con precisión. El muchachito pasó la uña, luego el pulgar, luego el borde de la manga. Poco a poco el costado cedió. Apareció una marca. Una ranura mínima. Un orificio pequeño, casi nada. No más grande que el diente de la llave.

Allí estaba.

La correspondencia.

El hierro y el oro.

La tapa y el giro.

La promesa y su acceso.

El muchachito quedó un instante inmóvil, con la caja en una mano y el otro puño cerrado cerca del bolsillo donde guardaba la llave o aún la sentía contra la palma. El cuerpo tembló apenas, no de emoción sola, también de frío. La respiración salía trabajada. Los dedos ya no obedecían limpios. Pero la cerradura estaba allí.

La caja había aparecido al fin.

Y con ella, la mañana se volvió todavía más fría.

Capítulo IX

La caja estaba en su mano.

Pequeña.

Oscura.

Fría.

El muchachito la sostuvo cerca de la cara, como si la proximidad pudiera sacarle antes del hierro alguna noticia del interior. El barro seguía pegado en los bordes, metido en la juntura de la tapa, endurecido junto al pequeño ojo de la cerradura. La mañana, a esa altura, había retrocedido mucho. El campo seguía ahí, la nieve, el trineo, la leña, la tierra removida. Pero todo eso quedaba ya por detrás de la caja, como si la mano, al alzarla, hubiera reducido el

mundo a un peso corto, a un borde oscuro, a un punto mínimo por donde todavía podía entrar la llave.

La volvió despacio.

Buscó en la tapa una señal más clara. Un juego. Una hendidura. Una línea más floja en el cierre. Nada se entregaba fácil. El hierro guardaba todavía su unión con esa obstinación pobre y severa de las cosas hechas para durar cerradas. El muchachito pasó la uña por el borde. Sintió apenas la juntura. Una línea breve. Casi nada. Allí descansaba la tapa sobre el cuerpo de la caja. Allí tenía que empezar la apertura. No había otra entrada. No había otro modo.

Se quedó un momento mirándola.

Pensó en monedas. En un anillo. En una medalla. En dos o tres cosas juntas, pequeñas, apretadas una contra otra en la oscuridad, guardadas aparte para que no anduvieran sueltas entre lo demás. Pensó en algo que pesara poco y valiera mucho para la mano que lo había cerrado ahí dentro. No imaginó abundancia. Imaginó

reserva. Algo bastante para justificar el hierro, la llave, la tierra, el tiempo. Para hacer de esa caja una espera.

La volvió de nuevo.

La respiración caía sobre el metal y lo velaba un instante con vapor blanco. Entonces tenía que apartar un poco la cara, esperar apenas, mirar otra vez. La cerradura seguía allí, casi borrada por la herrumbre y la suciedad, tan pequeña que parecía hecha para otra mano, una mano más fina, menos torcida por el frío, más capaz de acertar en el punto exacto sin detenerse. El muchachito sostuvo mejor la caja, inclinó un poco la cabeza y metió la otra mano en el bolsillo.

La llave tardó.

Los dedos, entumecidos ya por la mañana entera, buscaron primero en la tela, rozaron el borde, volvieron a entrar, palparon mal dos veces, hasta encontrar por fin el pequeño metal. Lo sacaron despacio. La llave quedó un instante sobre la palma rígida. Oro breve. Frío también. Ya no tenía barro. Su forma

aparecía entera, pequeña y precisa. El ojo redondo. La cabeza breve. El diente fino. Todo en ella seguía diciendo ajuste.

El muchachito acercó la llave a la caja.

Erró el primer intento.

El diente pasó junto al agujero sin entrar. Rozó el hierro. Bajó. Volvió. La mano corrigió con una torpeza que antes no habría tenido. El muchachito bajó más la cara. El aliento volvió a empañar el costado. Tuvo que apartarse otra vez. Mirar. Buscar el punto. Acercó de nuevo la llave. Esta vez rozó mejor la cerradura, pero todavía no entró. La mano tembló apenas. El dedo índice, al empujar, tardó un instante en obedecer el movimiento que quería hacer.

Volvió a probar.

La llave encontró por fin el agujero.

Entró poco.

Después más.

Hasta el fondo.

El muchachito quedó quieto.

La caja en una mano. La llave en la otra. El oro y el hierro ya ajustados. Todo cuanto había sido barro, suelo abierto, frío y espera quedaba ahora recogido en ese pequeño giro todavía por cumplirse. Ya no quedaba imaginar si servía. Servía. La prueba estaba en la mano. Sólo faltaba girar.

Apretó mejor la caja contra la palma.

Los dedos respondieron tarde. La mano izquierda, la que sostenía el hierro, tuvo que cerrarse dos veces para quedar firme. El pulgar de la derecha buscó su lugar en la cabeza de la llave. La espalda siguió doblada. El pecho tomó aire con trabajo. El muchachito acercó un poco más el cuerpo, como si todavía pudiera prestarle a las manos un resto de calor. Después intentó el giro.

No.

La cerradura resistió.

O la mano resistió menos de lo necesario. El muchachito se quedó un momento inmóvil, con la llave ya adentro, reuniendo en el pulgar y el índice la poca fuerza fina que todavía le obedecía. La caja pesaba poco, pero a esa altura ese poco bastaba para hacer vacilar la mano. El frío seguía subiendo por los dedos, lento, entero, instalado ya no sólo como rigidez, sino como una lejanía. Como si las manos estuvieran todavía en sus brazos y al mismo tiempo un poco más lejos que antes.

Giró otra vez.

Esta vez la cerradura dio un poco.

No abrió.

Sólo cedió.

Un sonido mínimo, seco, casi dormido dentro del hierro. El muchachito lo sintió entero en el pulgar y en el índice, en la pequeña torsión del metal, en ese casi abrirse que recorrió la caja antes de quedarse quieta otra vez. La tapa seguía

cerrada, pero ya no del todo. Algo en el cierre había aflojado. Algo había empezado a ceder.

Se quedó escuchando con la mano.

No hacía falta oído. Bastaba esa sensación breve dejada por el giro. El interior estaba ya más cerca que nunca. Una vuelta más. Tal vez menos. Tal vez apenas levantar la tapa después del siguiente movimiento. El muchachito quiso enderezarse un poco, tomar mejor aire, cambiar la sujeción, afirmar la caja en la palma antes de seguir.

No pudo del todo.

La espalda tardó.

El brazo tembló.

Los dedos de la mano izquierda, los que sostenían la caja, empezaban a quedarse atrás. El muchachito los cerró otra vez sobre el hierro, o quiso cerrarlos. La obediencia ya no era entera. Había que repetir el gesto para que ocurriera. Había que pensarlo un poco más. Entre lo que quería hacer y lo que la mano alcanzaba a

cumplir empezaba a abrirse una demora nueva,
una demora pequeña, pero ya peligrosa.

Miró el borde de la tapa.

Había allí una sombra mínima.

Una separación.

Casi nada.

El hierro junto al hierro ya no estaba pegado del todo. La tapa había soltado un poco su asiento. El muchachito acercó más la cara. La respiración volvió a empañar el costado y por un momento borró el punto. Esperó apenas. Miró otra vez. La sombra seguía ahí. Una línea fina. Un principio.

Movió la llave.

El pulgar resbaló.

Volvió.

Recolocó.

Giró apenas otro poco.

La tapa cedió un mínimo más.

Ya.

Casi.

El muchachito quiso meter la uña en el borde. Levantar apenas. Lo suficiente para que el hierro dejara pasar una rendija más clara, para que el interior, todavía oscuro, empezara a mostrarse de algún modo. Pero la mano no llegó limpia. El dedo tocó la tapa y se fue. Volvió a buscar la línea. La encontró. La perdió. La caja vaciló apenas en la palma entumecida. El muchachito tuvo que apretarla otra vez para no dejarla caer.

Respiró.

Mal.

Corto.

Blanco.

El aire entraba y no alcanzaba. O alcanzaba tarde. El pecho ya no recibía bien la mañana. Cada respiración parecía tener que abrirse paso por dentro del mismo frío que venía endureciendo la tierra desde el alba. El muchachito se quedó inclinado sobre la caja, sin apartarse, como si todo el cuerpo dependiera ahora de ese borde mínimo, de esa tapa apenas suelta, de esa pequeña ranura entre el hierro y lo que guardaba.

Volvió a intentar.

La uña no entró.

El dedo empujó mal.

La caja tembló en la mano.

La llave, todavía puesta, pesaba de un lado.

El muchachito quiso cambiar la sujeción.

Pasar la caja a la otra mano.

Sacar primero la llave.

Volver a ponerla.

Levantar la tapa con más sitio.

Eran demasiadas cosas pequeñas.

Demasiado finas.

Demasiado tardías para unos dedos ya pobres, ya duros, ya ganados en parte por la mañana.

El frío subía.

Por las manos.

Por las muñecas.

Por el brazo.

Por el cuello.

Por la boca donde el aire entraba roto.

La nieve alrededor seguía inmóvil. La tierra abierta, debajo. La leña reunida, detrás. El

fuego, nunca nacido. Todo eso seguía en el mundo. Pero muy lejos ya. Demasiado lejos del punto en que estaban la caja, la llave y la falla de las manos.

El muchachito quedó inclinado sobre el borde.

Volvió a mirar.

No veía bien.

La respiración empañaba el hierro.

El ojo tardaba.

La línea de la tapa estaba y se borraba.

El agujero de la cerradura.

La sombra mínima.

El barro en un costado.

Todo pequeño.

Todo cada vez más difícil de fijar.

Quiso otra vez.

Alzó un poco el pulgar.

Tocó el borde.

Movió apenas.

La tapa hizo un gesto breve.

Cedió.

Sí.

Un poco más.

Lo bastante para dejar de ser cierre
entero y volverse casi apertura.

No más.

Quedó así.

Entreabrirse.

La llave todavía puesta.

La caja en la mano.

El borde vencido.

El interior detrás.

El muchachito quiso seguir.

Quiso meter mejor la uña. Levantar. Separar apenas la tapa. Ver por fin qué había del otro lado. Oro. Plata. Una medalla. Un anillo. Un papel doblado. Lo que fuera. Algo. Pero las manos.

Las manos no.

Estaban.

Y no.

La derecha seguía prendida a la llave.

La izquierda sostenía la caja como podía.

Los dedos, sin embargo, habían empezado a llegar tarde a todo. A la presión. Al

ajuste. Al simple cerrar y abrir. Como si el cuerpo todavía mandara y la mano ya no alcanzara.

Respiró otra vez.

Peor.

Más corto.

El aire se rompía.

El pecho dolía.

La espalda no quería ya sostenerse en esa inclinación y, sin embargo, no lograba enderezarse. La mañana entera parecía haberse reunido en ese instante para entrar por las mangas, por el cuello, por el hierro mismo de la caja y quedarse allí, dentro de las junturas, volviendo cada gesto más tardío, más pesado, más difícil de concluir.

La tapa seguía apenas vencida.

El interior seguía detrás.

Tan cerca.

El muchachito volvió a tocar el borde.

Nada limpio.

El dedo resbaló.

La caja vaciló otra vez.

Tuvo que afirmarla.

La llave, todavía puesta, torció un poco la mano.

Dolió.

O ya casi no dolió. Sólo quedó la noticia muda de que algo no obedecía bien.

Quiso sacar la llave.

No.

Quiso levantar primero la tapa.

No.

Quiso sostener mejor la caja.

No del todo.

Cada cosa pequeña pedía una fineza que el cuerpo ya no tenía reunida. El hierro seguía allí. El oro también. La correspondencia era perfecta. El acceso, no. Entre una cosa y otra había entrado el frío.

El muchachito siguió inclinado sobre ese casi.

No había ya campo.

No había ya regreso.

No había ya fuego posible en la imaginación.

Sólo la tapa.

La línea.

La llave.

La mano tardía.

El interior del otro lado.

Volvió a intentar una vez más.

Muy poco.

La tapa cedió apenas.

Luego quedó.

El cuerpo se había quedado atrás.

La llave seguía adentro.

La caja en la mano.

El borde apenas vencido.

El interior guardado.

El muchachito quiso seguir.

No pudo.

El frío llegó primero.



Nota biográfica

Augusto La Fere (Lapa, Paraná, Brasil, 1973) es autor y ensayista. Su escritura transita entre la filosofía, la memoria y la metáfora del paisaje, explorando la tensión entre el silencio y la palabra. Fundador del sello *Ars Verbi™*, se dedica a la publicación artesanal y digital de obras bajo licencias libres.

Entre sus publicaciones destacan "Cinco Formas", "Diálogos", "Buscando a Borges", "Poemas de Instantes", y "El Libro de los Restos (2025)". Vive y trabaja en Buenos Aires, Argentina, participando también en iniciativas culturales orientadas a la difusión de la literatura libre.

Colofón

Este libro fue compuesto en EB Garamond, recreación digital de Georg Duffner (2008) de las formas renacentistas trazadas por Claude Garamont (c. 1480–1561), en París. Se eligió esta letra porque en su dibujo persiste una sobriedad antigua capaz de sostener la nieve, el frío, la tierra guardada, el metal pequeño de la promesa y el cuerpo llevado hasta el borde.

Su trazo, hecho de equilibrio y reserva, da a la página una gravedad quieta, apta para alojar la blancura del invierno, la aspereza del suelo removido, la pobreza severa de la leña, el oro mínimo de la llave y la opacidad del hierro enterrado.

La edición digital fue concluida en abril de 2026 por *Ars Verbi™*, en Lapa, Paraná, para este libro de demora, hallazgo y umbral.

